

página 1

blanca

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Lic. Enrique del Val Blanco
Secretario General

Mtro. Daniel Barrera Pérez
Secretario Administrativo

Dra. Arcelia Quintana Adriano
Abogada General

Dr. René Drucker Colín
Coordinador de la Investigación Científica

Universidad Nacional Autónoma de México

Forjadores de la ciencia en la UNAM

Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor

Instituto de Geografía

Dr. René Drucker Colín
Coordinador de la Investigación Científica

Ing. Jorge Gil Mendieta
Secretario Académico

Dr. Raúl Herrera Becerra
Secretario de Investigación y Desarrollo

Lic. Marcela Mendoza Figueroa
Secretaria Jurídica

Sra. Alicia Mondragón Hurtado
Secretaria Administrativa

Coordinación de la Investigación Científica

Forjadores de la ciencia en la UNAM

Ciclo de conferencias «Mi vida en la ciencia»

Junio 3 de 2003

Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor

Instituto de Geografía

Evocaciones de mi vida

Héctor Mendoza Vargas

Instituto de Geografía

Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor

México, 2003



Coordinación de la Investigación Científica
Universidad Nacional Autónoma de México

Eminentes investigadores del Subsistema de la Investigación Científica que el 25 de abril de 2003 recibieron de manos del Rector, doctor Juan Ramón de la Fuente, el reconocimiento «Forjadores de la ciencia en la UNAM» participan en el ciclo de conferencias «Mi vida en la ciencia», que tiene lugar en la Sala del Consejo Técnico de la Investigación Científica. Estos cuadernillos recogen las conferencias preparadas por estos investigadores y las semblanzas que sobre ellos han aportado otros científicos.

D.R. © 2003, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de la Investigación Científica,
Circuito Exterior, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
<http://www.cic-ctic.unam.mx>

ISBN (colección): 970-32-0849-5
ISBN (volumen): 970-32-0826-6

Impreso y hecho en México

Evocaciones de mi vida

Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor
Instituto de Geografía

Desde mi paso por la secundaria pública tuve la suerte de tener maestros de vocación que se preocuparon por despertar el interés y el amor por conocer nuestro país a través de su clase de geografía. También tuve la suerte de convivir con un grupo de compañeras cuya amistad ha durado toda mi vida. En el salón donde se impartía la clase siempre había mapas de México a gran escala; uno de ellos contenía las divisiones políticas, en las que estaban señaladas las diferentes entidades federativas del país, capitales y principales ciudades. Otro mapa de relieve presentaba la localización de las montañas, en él los maestros nos daban a conocer las diferentes altitudes, los ríos con sus trayectorias, los lagos principales, los desiertos, etcétera.

En la clase se organizaban grupos de estudiantes que competían para valorar quiénes reunían mayores aciertos al localizar en los mapas los múltiples accidentes geográficos, los distintos estados y territorios, las principales ciudades y capitales de cada entidad, lo que despertó en mí el deseo de conocer esos lugares y esos accidentes.

Junto con esto, tuve la suerte de relacionarme con un grupo de jóvenes que tenían el mismo interés por conocer el medio que nos rodeaba. Domingo a domingo salíamos a disfrutar los alrededores de la ciudad, con muy pocos medios económicos; visitábamos los Dinamos de Contreras, la sierra de Las Cruces, la sierra del Ajusco. El primer lago que me tocó recorrer fue el de Xochimilco, con sus fascinantes chinampas. Posteriormente, decidimos escalar el Popocatepetl, y para ello sentimos la necesidad de entrenarnos, subiendo a alturas cada vez más elevadas, como fueron el Telapón y el Tláloc en la Sierra Nevada; en la sierra del Ajusco subíamos hasta el Pico del Águila, algunas veces en mañanas muy frías y en otras bajo los rayos calcinantes del sol; hasta sentirnos capaces de escalar el Popocatepetl.

El recuerdo de estos días es una de las experiencias que me permitieron sentir amor por la naturaleza y despertaron el deseo de conocer nuevos horizontes, que considero nunca haber satisfecho del todo, debido a la enorme va-

riedad de habitantes, paisajes, animales, flores, cultivos, etcétera, que se encuentran en las diferentes partes del mundo.

En esa época se podía visitar el Observatorio Astronómico de Tacubaya, donde se observaban los astros y planetas con el telescopio. Descubrí que nuestro planeta no es más que una mínima parte de un universo gigantesco y, en ese lugar, vi con emoción los anillos de Saturno; en contraste, tuve la oportunidad de mirar bajo el microscopio otro mundo maravilloso, el que no se ve a simple vista; con asombro observé que una gota de agua está llena de vida fascinante. Hoy comprendo que estas experiencias despertaron en mí el interés por el campo científico que representaban.

Cuando medito sobre estas emociones que viví en mi infancia, no puedo menos que sentir gran preocupación por el descenso de la enseñanza primaria y secundaria en el país que, en gran parte, atribuyo al enorme crecimiento poblacional, que ha dado como consecuencia improvisar escuelas y maestros, muchos de ellos sin vocación y, por si fuera poco, tan mal pagados que deben dedicarse a otras actividades para satisfacer sus necesidades, lo que no les permite entregarse con pasión a la enseñanza, como lo hicieron los maestros que disfruté, a los que recuerdo con veneración y agradecimiento.

El esfuerzo más grande con el que me he enfrentado es el vencer mi timidez para ciertos eventos como, por ejemplo, hablar en público, presentar un examen e impartir una clase; esto último a pesar de haber cumplido muchísimos años de maestra.

Hubo una serie de situaciones que propiciaron el desarrollo de la seguridad en mí misma. Cuando estudiaba en la entonces Secundaria No. 2, decidí salir en el cuadro de honor, y lo logré y, al mismo tiempo, siempre resultaba seleccionada para competir en los campeonatos deportivos. Estas realizaciones me hacían sentir muy completa.

Al terminar la secundaria se abrieron varios caminos a elegir, cada uno de ellos tenía su encanto; ser maestra me parecía fascinante, pero mis experiencias anteriores me empujaban más al aspecto científico y, por si fuera poco, al momento de tener que decidir mi entrada a la preparatoria, recibí la noticia de que la Universidad Femenina de México me otorgaba una beca que me permitiría seguir una carrera; mi otra posibilidad era entrar a la Universidad; ésta fue la que finalmente elegí, a pesar de no contar con el dinero suficiente, en aquella época, para pagar la colegiatura en la UNAM, pero su prestigio me hizo decidirme por ella, especialmente porque me enteré de que me podían dar facilidades para cubrir más del 80 por ciento de la colegiatura

en cada año de la carrera y que podía pagar mi deuda al finalizar mis estudios y empezar a trabajar.

Tenía todos los días que trasladarme de mi casa, en la colonia Santa María de la Rivera, en un tranvía eléctrico que se llamaba “De la Rosa” y que pasaba frente a mi casa, y en el que ya venían varias compañeras de la preparatoria que vivían en la misma colonia; cuando se me hacía tarde, ante la insistente petición de mis amigas, entre otras, Aurea Commons y Consuelo Delgado, el conductor me esperaba: yo bajaba volando la escalera de mi casa, con parte del desayuno en la mano; el trayecto lo recorríamos llenas de risa y alegría, hasta llegar al Zócalo y trasladarnos a la preparatoria, localizada en la calle de San Ildefonso, en el centro de la ciudad. Una ciudad que no conocía, llena de atractivos; descubrí el Zócalo con su Catedral y el Palacio Nacional; los grandes almacenes, como el Palacio de Hierro, el Centro Mercantil, París-Londres, etcétera; joyerías deslumbrantes como La Esmeralda, La Princesa y el Monte de Piedad.

Seguí el bachillerato de arquitectura; el grupo estaba integrado en su mayoría por hombres: 30 hombres y 7 mujeres. La época de estudiante en esta escuela fue de las más agradables, siempre recibí estímulos de maestros y compañeros de uno y otro sexo.

Los años vividos en la preparatoria fueron el despertar a un mundo nuevo.

El baile me gustaba muchísimo, así que, de muy joven, entre examen y examen, siempre encontraba tiempo para ir a bailar. Entre los bailes de aquella época recuerdo los que se organizaban en la Facultad de Ingeniería y en la de Arquitectura, en los que teníamos que vestirnos de largo, muy elegantes, y donde tocaban orquestas famosas, como las de Luis Alcaraz, Ismael Díaz y Juan García Esquivel.

Al terminar los estudios de preparatoria no sabía con certeza qué carrera seguir, pero sí estaba segura de cuáles me interesaban: Ingeniería, Arquitectura, Matemáticas y Geografía, y para las que no sentía vocación: Medicina, Veterinaria, Leyes y Filosofía. Después de analizar pros y contras de las diferentes carreras por las cuales me inclinaba, me decidí por estudiar Geografía, la que se impartía en la Facultad de Filosofía y Letras, situada, en aquel entonces, en el barroco e inolvidable edificio de “Mascarones”. El número de alumnos en la carrera era tan reducido que permitía un mayor contacto con maestros y compañeros, lo que se tradujo, por un lado, en una mejor preparación académica y, por otro, en un estrecho compañerismo.

La Facultad de Filosofía y Letras en aquella época tenía también un número limitado de estudiantes en todas las carreras, lo que, junto con la confi-

guración del edificio, permitió un contacto muy directo con otras disciplinas. Con gran frecuencia preferíamos entrar a algunas clases, no de geografía, que sabíamos iban a ser muy interesantes, en vez de irnos, por ejemplo, al cine.

En esa facultad y en esa época la planta docente estaba integrada por una pléyade de maestros, entre los que se contaba con un buen número de exiliados españoles.

Las clases eran brillantes y tuve la suerte de abrir mi mente a muchos intereses que, aunque no conectados directamente a mi carrera, se han relacionado con ella y me abrieron horizontes insospechables, que más adelante he valorado y que, sin darme cuenta, me han ayudado a comprender muchas manifestaciones científicas como la filosofía, la psicología y la historia, y a sentir y comprender el arte.

Siento pena de no poder recordar los nombres de todos aquellos maestros pero, por lo menos, quiero señalar algunos de los que más me impresionaron; entre los españoles, José Gaos, Eduardo Nicol y Ramón Xirau; entre los mexicanos, Francisco de la Maza, Erasmo Castellanos Quinto, Justino Fernández y Carlos Lazo. Todos estos maestros me permitieron abrir mi mente y no encerrarme sólo en el conocimiento de la geografía.

En cuanto a esta última, también tuve maestros que no sólo reunían un gran conocimiento y lo sabían transmitir, sino que eran apasionados de la materia; entre ellos destacan Jorge A. Vivó, a quien considero el impulsor de la carrera de Geografía en México, y Pedro Carrasco Garrorena, exiliado español, a quien le debo mi interés por disfrutar el cielo, a través de sus enseñanzas y de su libro *El cielo abierto*, y el motivarme a viajar, para apreciar las diferentes maneras de vivir de los pueblos.

En el edificio de Mascarones existía, además, un entrañable café, donde se discutían todos los problemas de actualidad.

Los deportes también me apasionaban; al mismo tiempo que realizaba mis estudios, participaba en un equipo de fútbol femenino llamado “Los Cardenales”, que resultó subcampeón; y aunque nunca fui de las estrellas del equipo, jugaba lo suficientemente bien para no quedarme en la banca. Me hacía mucha gracia ver las caras de mis compañeros cuando, después de entrenar, llegaba a la Facultad de Filosofía y Letras con mis zapatos al hombro y mi indumentaria especial. Después tuve tantas ocupaciones académicas que tuve que dejar el deporte.

En esa época se concretó mi vida sentimental, y, por suerte, el que después sería mi esposo también tenía intereses científicos, nada más que por la

biología. Nuestras relaciones fueron muy armónicas; él estudiaba en el Instituto Politécnico Nacional y sólo nos distanciábamos durante los juegos clásicos de fútbol americano entre la UNAM y el Poli, en los cuales cada uno se iba con los simpatizantes de su lado, vestidos con los colores de su equipo: azul y oro, y guinda y blanco; pero siempre nos encontrábamos a la salida, donde sufríamos las burlas y las agresiones de ambos bandos, lo cual no nos preocupaba mucho. Nuestra apuesta, para dar sabor al partido, era un gran helado, que pagaba el perdedor.

Tanto en la Universidad como en el Politécnico se organizaban prácticas de campo; como siempre andábamos juntos, los dos concurríamos a las excursiones de ambas instituciones. En ellas comprendí la existencia y la importancia de los insectos, lo mismo para la polinización de las plantas, que para la alimentación de los humanos; comí jumiles, chapulines, escamoles, gusanos de maguey, etcétera, que al principio no me gustaron, pero que después me supieron deliciosos.

Algunos de los maestros que llevaban las excursiones del Politécnico eran de los refugiados españoles, los que se enamoraron profundamente de México y nos mostraban, con grandes conocimientos y pasión, las maravillas de la naturaleza con que tropezábamos paso a paso.

Recuerdo con gran placer las entretenidas pláticas de don Cándido Bolívar, quien me enseñó a coleccionar insectos y que celebraba con grandes aspavientos el que yo encontrara los insectos antes que sus discípulos. En muchas de las excursiones nos acompañaban los hijos de don Cándido Bolívar, inquietos jovencitos que hacían muchas travesuras y que han llegado a ser científicos destacados. El otro maestro del Poli, promotor también de excursiones, fue el español Dionisio Peláez, con el que sostuvimos, mi marido y yo, posteriormente una gran amistad.

En las excursiones organizadas por los maestros del Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, estudiábamos aspectos geomorfológicos, climáticos, coleccionábamos piedras, valorábamos los diferentes paisajes, etcétera. Dentro de estas excursiones, recuerdo con especial emoción la realizada en el año 1945 a la región donde había nacido un volcán, el Parícutín, que noche a noche en el mes de febrero se prodigaba en fuegos de artificio; la emoción sentida fue indescriptible, el calor que despedía la lengua de lava nos impidió acercarnos a menos de 10 metros de ella. Observar esta región quemada, devastada, cubierta por lava y cenizas volcánicas, donde sólo destacaban las ruinas de la iglesia, era estrujante.

Estas excursiones se complementaban durante los trayectos, a veces en camiones de redilas, con cánticos, que alegraban el camino con canciones populares de México y España que hoy recuerdo con nostalgia.

Todas estas experiencias sedimentadas en mi memoria son las que me han dado los elementos necesarios para realizar la ciencia que practico.

Considero como mi primera aportación a la ciencia geográfica mi tesis de maestría sobre la *Geografía física del estado de Jalisco*. Esta tesis fue dirigida por el doctor Pedro Carrasco que, con gran interés, aun en los días de asueto, me recibía en su casa para realizar las correcciones pertinentes, lo que fortaleció la relación personal entre ambos.

Pienso que he sido una persona muy afortunada; en 1949, siendo aún estudiante, concursé por una plaza, que gané, en el Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, obteniendo el puesto de ayudante de maestro en el Observatorio Meteorológico, donde se realizaban prácticas profesionales; trabajo que compartía con una compañera, Dolores Riquelme, el cual, si no duro, era muy esclavizante; una de las obligaciones era cambiar los registros y hacer lecturas de los datos meteorológicos tres veces al día, todos los días del año, incluyendo domingos y días festivos, lo que me llevó a ser disciplinada y responsable en relación con el trabajo.

En el mismo año se me presentó la maravillosa oportunidad de realizar uno de mis sueños: entrar al recién creado Instituto de Geografía, lo que me permitió resolver, en parte, mi problema económico. A partir de ese momento empezaron a correr los 54 años que he permanecido investigando en la Universidad.

Mientras hacía los estudios de doctorado decidí tomar algunas materias de matemáticas, en la Facultad de Ciencias, que me eran indispensables para completar los conocimientos adquiridos.

Son para mí inolvidables aquellas clases de matemáticas, en las cuales prácticamente era la única mujer y en las que jamás me sentí relegada. Por el contrario, el aprecio, la comprensión y la colaboración de mis compañeros, me dieron gran seguridad en mí misma. Entre mis camaradas, quiero mencionar a algunos que en el momento me vienen a la memoria: Arcadio Poveda, Humberto Puebla, Alejandro Hazas y Juan Manuel Lozano.

Nunca olvidaré el día en el cual el maestro Javier Barros Sierra me pasó al pizarrón a resolver un problema; a partir de ese día, me preguntaba y me pasaba más frecuentemente. Para aquellos que conocieron al maestro, recordarán que, en general, no tomaba muy en cuenta en sus clases a las mujeres, por

lo que su actitud para conmigo fue de gran significado, ya que se manifestó muchos años más tarde en apoyo y amistad, especialmente cuando fue rector de la UNAM.

Una situación que yo consideré como problema, que hacía falta superar si quería seguir progresando en el conocimiento de la geografía, era la imperiosa necesidad de conocer idiomas, ya que la mayoría de los libros científicos no estaban traducidos, por lo que me di a la tarea de estudiar inglés y francés.

Otra magnífica oportunidad que propició mi desarrollo y me abrió nuevos horizontes fue la de realizar estudios de posgrado en el extranjero, durante 1961 y 1962, gracias a que, estando ya casada, mi marido obtuvo una beca del Consejo Británico para realizar una estancia en la Rothamsted Experimental Station, cerca de Londres; la directora del Instituto de Geografía, maestra Rita López de Llergo, me permitió conservar mi salario mientras estudiaba en Londres. Además, yo había conseguido, a través del Consejo Británico, que la Universidad de Londres me aceptara sin cobrarme la colegiatura. Realicé un posgrado en Análisis de Población y Establecimientos Urbanos en la London School of Economics and Political Sciences. El supervisor de mis estudios fue el eminente geógrafo urbano de origen galés Emrys Jones, al que yo admiraba, a través de sus libros, desde hacía mucho tiempo; cuando lo conocí, no me decepcionó, me manifestó su amistad y simpatía y me transmitió el interés por la investigación de la geografía urbana. También influyeron en mi formación los geógrafos británicos R. Mansel Prothero y John I. Clarke; este último escribió un libro sobre geografía de la población que consideré muy importante para la preparación de los estudiantes de geografía, por lo que me di a la tarea de traducirlo.

Durante mi estancia en Londres sufrimos muchas carencias, el dinero era poco y la vida en aquel país muy cara, la comida de la Universidad no me agradaba y el presupuesto no nos alcanzaba para tener una habitación con calefacción, por lo que sólo podíamos echar unas monedas para calentar la habitación mientras nos vestíamos. Sin embargo, tuvimos otras compensaciones muy satisfactorias, como visitar frecuentemente el Museo Británico, la National Gallery, Kew Gardens, etcétera; además, nos privamos de muchas cosas, con la finalidad de ahorrar para realizar un recorrido por Europa al finalizar nuestros estudios.

A mi regreso a México pude poner en práctica los conocimientos adquiridos, logrando que se creara en el Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras la materia de Geografía Urbana, que he considerado

siempre importantísima para México, materia que impartí durante muchísimos años. Más tarde, en 1971, al crearse la Maestría en Urbanismo en la Escuela Nacional de Arquitectura, fui invitada a impartir dicha cátedra. Posteriormente, logré que se creara en la Licenciatura de Urbanismo, en la Facultad de Arquitectura, la cátedra de Geografía Urbana, que impartí de 1991 a 1996.

En esa misma época logré coronar mis estudios presentando mi examen doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras con la tesis *Geodemografía de Jalisco*, que logré se publicara.

No puedo pasar por alto mi colaboración con el doctor Jorge A. Vivó y el doctor Ángel Bassols, quienes fueron los principales organizadores del congreso geográfico más importante realizado en nuestro país, la Conferencia Regional Latinoamericana de la Unión Geográfica Internacional, efectuada en la Ciudad de México en 1966, en la que se registraron 833 personas. En ella participaron geógrafos de 36 países de todos los continentes. El geógrafo M. Shafi, procedente de la India, refiriéndose a la Conferencia Regional Latinoamericana, señaló: “Quizá fue la primera vez en la historia de la Unión Geográfica Internacional que los delegados obtuvieron los textos completos de todos los trabajos presentados en la Conferencia, en seis volúmenes; esto indica la tremenda preparación que antecedió a la Conferencia”.

En esa conferencia se presentó el mapa colectivo sobre la “Distribución de la población en México en 1960”, mapa que había sido solicitado por la Comisión de Población de la Unión Geográfica Internacional para integrarlo en un mapa mundial; el mapa correspondiente a México lo elaboré en colaboración con un grupo de mis alumnos; para su realización trabajamos año y medio. La publicación de este mapa, que consta de 16 hojas, se logró gracias al apoyo económico del licenciado Gilberto Loyo, que era director de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos.

Al mismo tiempo, realicé una investigación sobre la población urbana en México, de 1900 a 1960. En ella encontré que las principales causas del crecimiento urbano eran:

1) Un enorme desarrollo industrial en los últimos veinte años, en gran parte propiciado por la producción agrícola.

2) Una de las tasas de natalidad más altas del mundo. El promedio del índice de natalidad para ese periodo era de 45.3 por mil habitantes.

3) Disminución de la mortalidad, cuyo índice había bajado de 23.2 en 1940 hasta 11.5 en 1960.

La elevada natalidad y la baja en la mortalidad dieron como resultado un crecimiento natural enorme, aumentado por las migraciones de las áreas rurales a las urbanas.

Encontré además que la distribución de la población urbana en el espacio era sumamente irregular, por lo que consideré importante determinar la influencia que tenían los factores físicos y socioeconómicos en esta distribución. Los datos obtenidos me motivaron a profundizar en la investigación, lo que dio por resultado el libro titulado *Desarrollo y distribución de la población urbana en México, de 1900 a 1960*, que se publicó en 1965; obra que considero como una valiosa aportación, especialmente por la época de su aparición, en la que se dieron a conocer, por primera vez, las amenazas de la desigual distribución espacial de la población urbana y su enorme crecimiento en el país, subrayando especialmente la concentración demográfica en la Gran Ciudad de México. Este trabajo se elaboró con la intención de que llegara a las altas autoridades del país, de que se enteraran sobre el problema que se estaba gestando y que sirviera de base para futuros estudios de planeación.

Años más tarde mi deseo de seguir superándome me llevó a obtener una beca del gobierno francés para hacer un doctorado en el Instituto de Geografía en la Sorbona de París.

Como siempre, mi esposo y yo procurábamos estar juntos y obtener las mismas oportunidades, que siempre tuvimos la suerte de conseguir; mi marido solicitó y obtuvo una beca para realizar una estancia en el Museo de Historia Natural de París y realizar un doctorado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de París.

Nuestra vida en París fue maravillosa, tuvimos la suerte de tener una habitación con calefacción y todas las comodidades en la Ciudad Universitaria.

El haber obtenido dos becas nos permitió vivir con cierta facilidad y asistir a varios congresos, tanto de geografía como de entomología, en diferentes lugares de Europa.

En cuanto a los congresos de la especialidad de mi marido, recuerdo el Congreso Internacional de Entomología celebrado en Moscú en 1968, en el que tuvimos la oportunidad de hacer una excursión de estudio a la región de Tashkent y Samarcanda.

Cuando llegaba agotada de mis estudios en la Universidad, para descansar, como siempre me gustó la pintura, me relacioné con un pintor mexicano, José Juárez, que estudiaba en París y vivía en la Casa de México, al igual que nosotros en la Ciudad Universitaria. Él se ofreció a enseñarme la técnica de la

acuarela, lo que me permitió realizar varias obras en el estilo abstracto que entonces dominaba en París. Juárez me invitó a participar en una exposición internacional en la que exponían varios pintores que se encontraban en París, de diversas nacionalidades. Me aceptaron dos cuadros, un collage y una acuarela.

Fue muy divertido asistir a la exhibición y ver a la gente detenerse a ver mis cuadros, pero la emoción y la sorpresa más grandes las llevé cuando, terminada la exposición, fui a recoger mis cuadros y el director del museo me dijo que no me los podía dar, porque habían sido seleccionados por el jurado para ser exhibidos en una bienal que se iba a celebrar en la población de Chelle, en Francia.

Una experiencia vital, de una importancia extraordinaria para mí, fue el haber vivido en París el interesantísimo movimiento estudiantil del 68 y sufrir, desde lejos, dolorosamente, los acontecimientos del 68 en México, que se mostraban en la televisión de Francia. Esto acentuó el deseo de regresar a nuestro país, pero el compromiso contraído nos obligó a permanecer en París hasta titularnos.

En 1969 obtuve el doctorado en Geografía en la Universidad de París. La tesis fue dirigida por la eminente geógrafa francesa Jacqueline Beaujeu Garnier.

También me transmitieron conocimientos los geógrafos franceses Pierre George y Jean Bastié, que mucho me han servido.

Al poco tiempo de mi regreso de Francia a México, fui propuesta en la terna para participar en la dirección del Instituto de Geografía.

Nunca había tenido tiempo de reflexionar acerca del papel de la mujer en la investigación y, menos aún, de mi propio papel, debido quizá a que siempre he tenido una vida muy activa.

Mis experiencias siempre han sido positivas, desde mi infancia hasta el momento actual. Son muy pocas las circunstancias en las que he tenido que luchar y sufrir; es más, si se me preguntara por ellas, difícilmente podría recordarlas; pienso que es una medida saludable olvidar rápidamente lo que nos hace daño y eso lo he hecho consciente e inconscientemente toda mi vida.

Cuando supe que había sido elegida directora, comprendí la responsabilidad que adquiriría como directora y como mujer, y me propuse realizar el compromiso asumido con la mayor responsabilidad, sin escatimar esfuerzos, y tratar de lograr siempre la colaboración de todos mis compañeros.

Para empezar, promoví la investigación local, regional y nacional, tanto la básica como la aplicada, poniendo en esta última el mayor énfasis, dada la ne-

cesidad que el país tiene de que sus mejores científicos colaboren en el planteamiento y solución de los problemas nacionales.

Durante mi dirección tendí siempre a apoyar la realización de trabajo en equipo, por lo que se procuró que el personal soslayara un tanto su interés individual por incrementar el *currículum vitae*, y se organizaran investigaciones con grupos de trabajo, considerando el interés de atacar problemas nacionales.

Durante este periodo se logró una serie de mejoras que facilitaron la superación académica de los investigadores: local adecuado, laboratorios, equipo, mayor acervo bibliográfico, etcétera, y se elaboraron los reglamentos internos y de la comisión editorial y las normas para el uso de la biblioteca, lo que permitió mayor participación del personal académico.

Se incrementaron los proyectos de investigación por convenio con otras dependencias universitarias, así como con el sector público y el privado; se establecieron políticas tendientes a la formación de equipos de trabajo por actividades afines, con el propósito de disminuir el individualismo en la investigación y mejorar la imagen institucional mediante una serie de actos enmarcados en relaciones públicas, fundamentadas en un sostén académico de mayor nivel, que sirviera mejor a las necesidades del país.

En cuanto a la mejor preparación del personal académico, no se escatimó esfuerzo alguno para lograrla y, así, se organizaron cursos intensivos de actualización; se gestionaron becas universitarias y extrauniversitarias; se facilitó la asistencia a congresos, simposios y seminarios nacionales y extranjeros; se dieron cursos y compartieron experiencias no sólo entre el personal del Instituto, sino con profesionistas e investigadores de otras dependencias universitarias, del gobierno y de la iniciativa privada que, así, vieron rebustecidos o ampliados sus conocimientos, dada la calidad académica de los expositores. Se amplió el área de investigación gracias a que, en diciembre de 1975, el Instituto de Geografía fue el primero en inaugurar sede, después de la Coordinación de la Investigación Científica, en la nueva área de investigación, ubicada al este del circuito exterior de la Ciudad Universitaria. Ante estos estímulos, la respuesta del personal fue contundente y definitiva, lo que se demostró por el aumento de graduados y posgraduados en ese periodo.

Se logró que el personal académico tuviera mayor participación en congresos nacionales e internacionales, apoyándolo económicamente.

De estos congresos internacionales de geografía, guardo especial memoria del celebrado en Canadá en 1972, en el que tuve oportunidad de participar

en un viaje de estudio al Archipiélago Ártico, organizado por la Universidad de MacMaster. Mi interés era, por una parte, vivir en un medio hostil y, por la otra, conocer el modo de vida de un grupo humano sumamente interesante, me refiero a los esquimales. Lo más positivo resultó ser la convivencia con el grupo de investigadores de diferentes nacionalidades y la sensación de ver un paisaje pleno de silencio, con un frío intenso y luz de sol durante 24 horas. El observar nuestras sombras enormemente alargadas me hizo recordar la novela de Hans Ruesch *El país de las sombras largas*.

Otro aspecto que me interesó fue cumplir con el postulado de difusión de la cultura de la Universidad, por lo que se impartieron conferencias y cursos a nivel nacional e internacional. Una participación del Instituto que me pareció importante fue la elaboración de un mapa mural de lo que era el Reino de Colima en el siglo XVI, realizado por un grupo de investigadores del Departamento de Geografía Social, que fue donado al Museo de las Culturas de Occidente, ubicado en la ciudad de Colima.

Al terminar mi gestión me integré totalmente a la investigación.

No obstante que estaba dedicada a la ciencia, siempre guardé algún tiempo para dedicarlo a la contemplación de los animales, tanto en los zoológicos y acuarios como en el jardín de mi casa; siempre sentí gran cariño por los animales, especialmente por perros, gatos y pájaros, entre estos últimos los colibríes. Afortunadamente a mi esposo también le gustaban.

De adolescente tuve un gatito; cuando desapareció, en una de sus correrías nocturnas, decidí no tener más gatos. Cuando ya habíamos terminado todos nuestros estudios en el extranjero, mi esposo y yo decidimos tener un perro, muy pequeño porque vivíamos en un apartamento; mi hermano me regaló una perrita de la raza *Pinscher Miniatura*; se llamaba Vanesa y tuvo dos preciosísimos cachorros: Sansón y Goliat; Sansón se nos perdió, lo cual nos dio mucha pena; lo buscamos una noche entera por las calles de la colonia Del Valle, pero no lo encontramos. Mis perros eran tan bonitos que decidimos llevarlos a concursar, y lo hicimos durante varios años, con la satisfacción de ver que varias veces fueron premiados como los mejores de su raza y, en otras ocasiones, como los mejores del grupo, lo que significaba competir con todas las razas de perros que se consideran de compañía. Después de 15 años murieron de vejez. Algunos años después me trajeron un *Collie*, que llamábamos Rod; para entonces, ya mi esposo había muerto; a este perro también lo quise muchísimo, pero siendo aún joven le dio cáncer en la garganta y hubo que dormirlo. Después compré un *Pastor Alemán*, preciosísimo; le puse por nombre Rex, pero resultó

muy bravo, por ser, según me dijeron, el *alfa* de la camada; por lo tanto, nunca lo pude llevar a competir; era muy inteligente, pero ni siquiera lo pude educar. También murió joven, con menos de seis años; ahora no tengo perro, pues todavía estoy de luto.

Debo completar esta afición con la frase filosófica que aprendí en mis visitas a las artesanías “cuanto más conozco a los hombres más quiero a mi perro”; afirmación con la que me he solidarizado.

Uno de los motivos más satisfactorios en mi vida académica es el haber sido invitada en muchas ocasiones a participar, junto con destacados geógrafos extranjeros, con capítulos en libros publicados en diferentes países, y haberlo hecho, a sabiendas de que me iban a contar mucho menos para los estímulos que si los hubiera enviado a alguna revista, criterio que considero absurdo.

El primer capítulo apareció en el libro *Geographie and Population Approaches and Applications* y fue publicado por Oxford Pergamon Press. El segundo fue realizado en honor de un destacado geógrafo norteamericano al que tuve la oportunidad de tratar durante la Conferencia Regional Latinoamericana de la Unión Geográfica Internacional, celebrada en México en 1966; el libro fue publicado por la Universidad de Chicago con el título *Essays in Honor of Chauncy Harris*. El tercero escrito fue en homenaje al distinguido geógrafo urbano belga profesor J. A. Spork, libro publicado en francés por Presses Universitaires de Liège, titulado *Recherches de Géographie Urbaine*. El cuarto fue elaborado para valorar la obra de Manuel de Terán, geógrafo español sumamente reconocido y estimado en España, a quien no tuve el gusto de conocer personalmente, pero sus trabajos me interesaron tanto que solicité una estancia de investigación en la Universidad Complutense para investigar su vida y su obra. El libro escrito en su honor fue titulado *La geografía española y mundial en los años ochentas*, y fue publicado por la Universidad Complutense de Madrid. El quinto es mi capítulo sobre “El impacto del terremoto acaecido en la Ciudad de México en 1985”, integrado al libro *Population and Disaster*, el que muestra la preocupación actual de los científicos por conocer más profundamente los desastres naturales y cómo afectan a la población; el libro fue publicado en Gran Bretaña por el Institute of British Geographers. Mi sexto capítulo corresponde a la invitación que me hizo la eminente geógrafa francesa Jacqueline Beaujeu Garnier, quien fue directora de mi tesis doctoral en París y a quien recuerdo con el más profundo respeto y admiración, para participar en la elaboración del libro *La grande ville enjeu du XXIe siècle*, libro publicado por Presses Universitaires de France, en París. El séptimo libro en que participé fue escrito en ho-

nor del geógrafo español Joan Vilà Valentí, a quien tuve la oportunidad de tratar en las reuniones del Comité Ejecutivo de la Unión Geográfica Internacional, de la que ambos éramos vicepresidentes, él por España y yo por América Latina. Posteriormente, con motivo de la Conferencia Regional de los Países Mediterráneos celebrada en Barcelona, el profesor Vilà organizó una expedición científica a las islas Baleares, que resultó excepcional; nos dio a conocer desde la prehistoria hasta el desarrollo actual de dichas islas, llevándonos a los lugares donde se habían sucedido los acontecimientos más importantes.

Como resultado de mis primeras investigaciones se publicaron dos libros; en el primero me aboqué al estudio de algunos problemas del transporte de esta ciudad, por estimar que tenían muchas posibilidades de mejorar, siempre y cuando las autoridades competentes se decidieran a tomar medidas como las que estábamos sugiriendo, que, si bien no resolvían los problemas, podían reducir los conflictos al mínimo. En este trabajo se señala que, para resolver el problema de manera integral, debería ser estudiada toda el área metropolitana, para lo cual sería indispensable que se pusieran de acuerdo los diferentes gobiernos locales en el estudio y reorganización del mismo y tomar en consideración la relación que debe hacerse entre los patrones del uso del suelo y el sistema de transporte. Resultado de estas investigaciones fue el libro *Algunos problemas del transporte en la Ciudad de México*.

El segundo libro fue el *Atlas de migración interna en México*, libro colectivo que dirigí. En el prefacio se plasma la siguiente opinión del doctor Humberto Muñoz García: “En México hay necesidad de conocer con precisión el comportamiento demográfico nacional, siendo la movilidad espacial de la población uno de sus componentes claves. El *Atlas de migración interna en México*, que presenta el Instituto de Geografía de la UNAM, responde a esta necesidad y constituye un esfuerzo analítico para definir la relación entre espacios geográficos y desplazamientos migratorios”.

Entre las experiencias más valiosas para mí, se encuentra el haber sido profesor invitado para impartir cursos en diferentes universidades extranjeras. Los que más satisfacciones me produjeron fueron: 1) los que impartí en el Departamento de Geografía de la Universidad de Tennessee, EUA, en 1980, sobre “Economic development in Mexico”; 2) los cursos que di en la Universidad de Tsukuba, Japón, en 1980 sobre “Distribution of the urban population in the arid zones of México” y “Population growth of Mexico City”; 3) un ciclo de conferencias en la Academia de Ciencias de Polonia, sobre “Evolución demográfica de la Ciudad de México”, impartidas en 1981.

La década de los ochenta fue un periodo de mi vida lleno de emociones, en 1980, con motivo de la celebración del 150 aniversario de la Royal Geographical Society de Londres, la segunda sociedad geográfica más antigua del mundo, fui distinguida con el nombramiento de Miembro de Honor, que me fue entregado en una ceremonia muy solemne por el duque de Kent.

Otra grata sorpresa la recibí tres años después, cuando la Société de Géographie de Paris, la más antigua del mundo, me otorgó, en 1983, el nombramiento de Miembro de Honor.

Un año más tarde recibí con gran satisfacción la noticia de que había sido elegida vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional por Latinoamérica, lo cual me convirtió en la primera mujer que obtuvo tal distinción. Durante mi participación dentro del Comité Ejecutivo, conocí a Leszek A. Kosinski, geógrafo muy valioso, quien a través de sus comentarios amplió mi visión del mundo.

En medio de todas estas alegrías, en 1983 tuve la enorme desgracia de perder a mi esposo, después de una maravillosa relación de 30 años, lo que me obligó a entregarme con más ardor al trabajo, con la finalidad de consolarme.

En ese preciso momento un grupo de investigadores del Instituto me propuso como candidato a director; este hecho ha sido una de las más grandes satisfacciones de mi vida; me demostró que contaba con el aprecio de mis compañeros, lo cual considero que es lo más difícil de obtener.

Durante mi segundo periodo como directora pugné por el desarrollo de la geografía, tanto en lo que se refiere a la investigación como a la enseñanza, con la finalidad de que cada día se conozca mejor esta disciplina y se tome conciencia de la ayuda que puede ofrecer al país.

Se continuó el intercambio con investigadores nacionales y extranjeros, de alto nivel académico, con el fin de actualizar y mejorar la preparación de nuestro personal. Con este propósito se invitaron y asistieron 45 profesores de diferentes países, conocimientos que fueron aprovechados, no sólo por el personal del Instituto sino, también, en muchos casos, por los estudiantes del Colegio de Geografía de la UNAM, de la Escuela de Geografía de la Universidad Autónoma del Estado de México y de la Facultad de Geografía de la Universidad de Guadalajara.

En varias ocasiones las conferencias o cursos impartidos por los profesores extranjeros se pudieron plasmar en libros que publicó el Instituto y que sirvieron especialmente para los estudiantes del Colegio de Geografía, lo que les

permitió obtener, a bajo costo y en español, una serie de obras que contribuyeron a formar su biblioteca profesional.

El personal del Instituto tuvo gran interés en apoyar a las universidades de la provincia en su propósito de superación; para lograrlo, se realizaron acciones a través del Sistema Universitario de Colaboración Académica, con universidades de diez estados: autónomas de Tamaulipas, Puebla, Querétaro, Yucatán, Morelos, Estado de México, Baja California Sur, Zacatecas, Ciudad Juárez (Chihuahua) y de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán.

Como la publicación más importante era y es el boletín, para elevar la calidad académica de los artículos, a partir de 1984 se creó la Comisión Dictaminadora Editorial Externa, formada por especialistas de alto nivel, nacionales y extranjeros, en los diferentes campos de la geografía.

Se construyó e inauguró el auditorio “Ingeniero Geógrafo Francisco Díaz Covarrubias”, con cupo para 90 personas.

Especial mención debe hacerse de la obra geográfica colectiva más importante que se realizó en ese periodo, *El Atlas Nacional de México*, obra colectiva de gran envergadura, dirigida por Ana García de Fuentes y Atlántida Coll-Hurtado, que ha sido considerada como la obra geográfica más importante en el siglo XX, y en la que participó más del 80 por ciento del personal académico del Instituto.

Durante mi segundo periodo como directora no interrumpí mis investigaciones, puesto que es la parte de mi vida que más me apasiona. Entre otras cosas tuve la oportunidad de participar en el XXVI Congreso Internacional de Geografía, celebrado en Australia en 1988, durante el cual se organizó una excursión científica a la región de los arrecifes de coral. Mi asombro ante esa manifestación de la naturaleza, que nunca imaginé, es inenarrable. Fue sorprendente ver grandes extensiones de corales vivos, como maravillosas flores acuáticas de muchas formas y colores sumergidas en el mar.

Durante dos ocasiones fui invitada por autoridades del gobierno mexicano a opinar sobre programas de desarrollo regional del país. La primera vez fue durante el periodo presidencial del licenciado Luis Echeverría; se me invitó a participar en la gira de la inauguración de la carretera transpeninsular de Baja California. Al finalizar el recorrido, el presidente me preguntó qué opinaba de dicha obra, yo le respondí, como es mi costumbre, con mi verdadero sentir, que la consideraba una obra demasiado costosa para comunicar a tan pocas poblaciones y que, si era con la finalidad de desarrollar la región, me parecía casi imposible, por la escasez de agua en toda la península. El presi-

dente me dijo que sus consejeros le habían informado que se podía desalinizar el agua del mar que rodeaba a la península, yo insistí en que el costo por metro cúbico, en ese momento, era tan elevado que no permitiría realizar ese proyecto. También señalé que esa carretera sólo iba a servir para intensificar en esa zona el turismo norteamericano barato, que consistía en viajes con campers, equipados con todos los servicios, comida, y que en México sólo dejaría la basura. Pronósticos que se han cumplido.

La segunda ocasión participé en una reunión celebrada en febrero de 1985 entre la UNAM y el Departamento del Distrito Federal, en el marco del Programa de Reordenación Urbana y Protección Ecológica del Distrito Federal, presidida por el rector, Jorge Carpizo, y el jefe del Departamento del Distrito Federal, Ramón Aguirre Velázquez. En esa reunión, al escuchar en voz de las autoridades gubernamentales que la situación del Distrito Federal “no es tan grave como desconocida”, no pude contenerme y afirmé que la situación sí era grave y de ninguna manera desconocida, pues desde hacía muchos años una serie de investigadores nacionales y extranjeros, geógrafos, economistas, sociólogos, demógrafos, etcétera, habíamos señalado la gravedad del problema y cómo había ido aumentando rápidamente.

Si presento estas dos experiencias es porque me preocupa que en la Universidad tratemos, por muchos medios, de orientar a los jóvenes a la investigación, lo cual es muy positivo, pero que también es muy importante encontrar la forma de orientar a las más altas autoridades gubernamentales en la manera de aprovechar las investigaciones que, en ocasiones, hasta pagan, pero que, cuando las reciben, las guardan en un cajón.

Quiero hacer un reconocimiento de gratitud a las tres personas que más han influido en mi vida: mi madre, mi esposo y mi hermana.

Finalmente, quiero decir que, cuando se me pidió que escribiera la semblanza de mi vida en un tiempo tan limitado, me molesté muchísimo; en primer lugar, porque tenía que interrumpir el libro que estoy terminando y, en segundo lugar, porque me sentí perpleja, al no saber qué era lo que tenía que decir; pero hoy agradezco esta iniciativa de la Coordinación de la Investigación Científica, que me ha permitido meditar sobre muchos acontecimientos de mi vida que, por el exceso de actividad, estaban acumulados en mi memoria y nunca tuve oportunidad de reflexionar sobre ellos, lo que finalmente ha sido para mí muy satisfactorio.

página 24

blanca

Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor

Héctor Mendoza Vargas
Instituto de Geografía

Con el reconocimiento otorgado a la doctora María Teresa Gutiérrez de MacGregor, como parte del selecto grupo de investigadores denominados «Forjadores de la Ciencia», la Universidad Nacional Autónoma de México distingue el talento y la entrega que por muchos años han aportado a la institución estos maestros universitarios. La trayectoria de la doctora MacGregor, en particular, se sitúa en algunos de los episodios más relevantes de la Universidad, así como en la plena transformación y transición universitaria de la geografía mexicana.

Pertenece a una generación de geógrafos que hacia 1960 alcanzó la madurez académica y se había propuesto nuevos vuelos, tanto en la docencia como en la investigación, tal como pasaba en Estados Unidos y Europa. Esa generación recibió el desafío de ampliar el campo de acción de la geografía y modificar los métodos y la presentación de los resultados. Las tareas no eran pocas, el tiempo escaso y sólo con inventiva y dedicación podían obtenerse los resultados.

Nacida en 1927 en Tacubaya, Distrito Federal, la doctora MacGregor, como muchos jóvenes del México posrevolucionario, fue testigo de las grandes carencias que enfrentaba el país, la incertidumbre y las tensiones internacionales. Sin pérdida de tiempo, realizó sus estudios primarios y secundarios en escuelas públicas. Al terminar, la Escuela Nacional Preparatoria se presentaba como una sede académica atractiva que numerosos jóvenes buscaron con el anhelo de ampliar los estudios y conseguir el bachillerato. El apoyo familiar fue decisivo para seguir los estudios profesionales y de posgrado en el edificio de Mascarones de la Facultad de Filosofía y Letras, ubicado en el barrio de Santa María la Rivera.

El debate abierto en los años de 1950 a 1960 por los filósofos (como Leopoldo Zea, José Gaos o Samuel Ramos) sobre lo mexicano y la cultura, abarcaba necesariamente hasta el estudio de la realidad nacional. Los grandes problemas de México no pasaban inadvertidos a la academia y desde la geografía

un grupo de profesionales estaba dispuesto a emprender la aplicación de sus conocimientos y experiencias. La ocasión de participar no había faltado y de ello hay ejemplos notables que se publicaron, como atlas y gruesos libros que marcaron la nueva modalidad de la actividad geográfica.

La situación de los años sesenta merece, esta vez, más atención. La doctora MacGregor se percató de los requerimientos indispensables de la planeación de la actividad económica impulsada por el gobierno y, con el deseo de llevar a la geografía en esa dirección, se propuso varios proyectos dentro del Instituto de Geografía, donde había conseguido el nombramiento de investigadora de tiempo completo. Esta posición académica le permitió integrar su obra *Geodemografía del estado de Jalisco* (1968), donde sintetizaba los resultados de una década de trabajo empírico y teórico, presentados a través de sus tesis de maestría (1959) y de doctorado (1965). En esencia, el estudio de la población contaba entre sus preocupaciones al igual que su vínculo con los factores geográficos. Esta perspectiva buscaba revelar “algunos de los más sobresalientes [problemas] demográficos”, identificados por ella, como la concentración de la población en Guadalajara y el surgimiento de las “desigualdades regionales”. La idea de la doctora MacGregor era proporcionar una forma diferente de visualizar, por medio de los mapas, la concentración o dispersión de la población, y probar la metodología para su generalización en otras entidades de la federación.

Esta publicación se apoyaba en otras de su autoría, como el estudio sobre la distribución de la población urbana en México (1965), donde propuso la cifra de los 10,000 habitantes para caracterizar el espacio urbano de México. Esas obras adaptaban la geografía a una época de rápidos cambios demográficos y urbanos en todo el país. Tan sólo la Ciudad de México, por ejemplo, incrementaba su población, de 4 millones 870 mil (1960) a 6 millones 874 mil habitantes (1970).

Bajo la influencia de otra cultura e idioma, la doctora MacGregor había pasado en Inglaterra una temporada en la London School of Economics and Political Sciences (1962-1963), al lado del profesor Emrys Jones, quien por esos años llevaba a cabo estudios de la ciudad y de su historia. A su regreso, se reintegró a la actividad docente, tanto al nivel de la licenciatura de geografía como del posgrado, con los seminarios de geografía económica y geografía demográfica. Más tarde, en la Universidad de París y becada por el gobierno francés, realizó su segundo doctorado, al lado de la doctora Jacqueline Beaujeu-Garnier, en el Instituto de Geografía de la Sorbona (1969). La

profesora Beaujeu-Garnier contaba con una amplia trayectoria en la especialidad, había investigado con el profesor Pierre George y enseñado geografía de la población de Francia.

Esta experiencia europea será decisiva en la vida académica inmediata de la doctora MacGregor y, con su regreso a México, se sentirán los primeros aires renovadores de su pensamiento. Nada menos que la promoción de la cátedra de Geografía Urbana en el Colegio de Geografía (desde 1967), donde impartió la asignatura, casi hasta la publicación de su libro *Geografía urbana: Nacimiento de las primeras ciudades en el Viejo Mundo* (1994), coeditado por la Facultad de Arquitectura y el Instituto de Geografía. La cátedra fomentaba el examen riguroso de la ciudad y contrastaba con la forma improvisada y autoritaria de las acciones urbanas dirigidas por el gobierno capitalino. En esos años, la obra de la doctora MacGregor fue más conocida. Además, fue invitada por varias universidades de Europa y Estados Unidos, para impartir cursos y seminarios sobre México.

Toda esa incansable labor de la doctora MacGregor fue reconocida en 1972, cuando fue nombrada investigadora titular "C" de tiempo completo. En esa época comenzó nuevos vuelos en la vida universitaria. La Junta de Gobierno de la Universidad la designó, en dos ocasiones, para ocupar la dirección del Instituto de Geografía. Esta nueva actividad la colocaba en una delicada labor de gestión de recursos y su movilidad al servicio de la geografía mexicana. El primer periodo, 1971-1977, vivió el traslado de la dependencia a su nueva sede, un espléndido edificio al lado de la Coordinación de la Investigación Científica.

En 1983, fue nombrada, por un segundo periodo, directora del Instituto de Geografía. En esa segunda oportunidad, la doctora MacGregor apoyó la superación del personal académico y proyectos de alta prioridad, como fue el *Atlas Nacional de México* (1990-1992), considerado como el trabajo institucional más importante y la obra geográfica más notable en la historia de la dependencia, tanto por su costo, como por la información utilizada, su procesamiento, elaboración y diseño de los mapas, a diferentes escalas, con la principal a 1:4 000 000.

La doctora continuó con una sistemática presentación de resultados en diferentes foros internacionales, principalmente de Europa. Esa actividad y los contactos con la directiva de la Unión Geográfica Internacional, la llevaron a la promoción de su figura como vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional para América Latina, de 1984 a 1988 y de 1988 a 1992. Esta tra-

yectoria se complementa con el reconocimiento de la Royal Geographical Society de Londres, adonde fue recibida, en 1980, como “Honorary corresponding member” y, desde 1983, en la Société de Géographie de París. Toda esa labor, por su calidad y cantidad, fue suficiente para recibir la invitación a formar parte de numerosos consejos editoriales, entre los que destaca *Progress in Human Geography*, donde se revisa y publica una parte importante de lo más relevante de la disciplina geográfica en el mundo.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística le otorgó la *medalla al mérito Benito Juárez* en 1992. Por su parte, la Universidad Nacional Autónoma de México la distinguió como investigador emérito en 1996 y, desde 1994, el Sistema Nacional de Investigadores le dio el nombramiento como investigadora nacional emérita, por su actividad nacional e internacional. Esos reconocimientos no la han alejado de sus tareas esenciales. Ha ampliado su reflexión del espacio urbano en su último libro: *Geohistoria de la Ciudad de México (siglos XIV a XIX)* (2002), que es una invitación al pasado de la ciudad y a conocer las dificultades ambientales.

En resumen, mirando la cantidad de datos y experiencias que no he considerado en esta narración sobre la doctora MacGregor, veo que su vida, como la de cualquier científico, puede ser contada de muchas formas, todas diferentes. Cada posible versión, no deja de estimular a los jóvenes universitarios a la hora de enfrentar las decisiones y los éxitos, pero también las dificultades del mundo académico. Generalmente, prevalece la vida pública y se conoce menos la vida privada, donde quedan las motivaciones más íntimas y la energía, los sueños y los anhelos, las intrigas y la voluntad, los miedos y la imaginación. Todo eso cuenta en la vida académica, en la trayectoria universitaria de los científicos.

Dos momentos distinguen la vida de las personas, el nacimiento y la muerte, dos sucesos en los extremos, similares en cada uno de nosotros. Lo que hay en medio, en la reflexión de Horacio Capel (asesor de mi tesis), es un río de sucesos donde fluye el pasado y alcanza el presente o desafía el futuro, según como se vea. Sin duda, éste es un momento extraordinario. Por compartir con nosotros y permitir mi participación, le doy las gracias a la doctora MacGregor.

Ciclo de conferencias «Mi vida en la ciencia»

<i>Fecha</i>	<i>Investigador</i>	<i>Dependencia</i>
20 de Mayo	Dr. Marcos Moshinsky Borodiansky	Instituto de Física
21 de Mayo	Dr. Julián Adem Chahín	Centro de Ciencias de la Atmósfera
22 de Mayo	Dr. Teófilo Herrera Suárez	Instituto de Biología
27 de Mayo	Dr. Fernando Alba Andrade	Instituto de Física
28 de Mayo	Dr. Gonzalo Zubieta Russi	Instituto de Matemáticas
29 de Mayo	Dr. Alfonso Escobar Izquierdo	Instituto de Investigaciones Biomédicas
3 de Junio	Dra. María Teresa Gutiérrez Vázquez	Instituto de Geografía
4 de Junio	Dr. Emilio Lluís Riera	Instituto de Matemáticas
5 de Junio	Dr. Arcadio Poveda Ricalde	Instituto de Astronomía
10 de Junio	Dr. Carlos Guzmán Flores	Instituto de Investigaciones Biomédicas
11 de Junio	Dr. Juan Manuel Lozano Mejía	Instituto de Física
12 de Junio	Dr. Humberto Cárdenas Trigos	Instituto de Matemáticas
17 de Junio	Dr. José Negrete Martínez	Instituto de Investigaciones Biomédicas
18 de Junio	Dr. Zoltan de Cserna-de Gömbös	Instituto de Geología
19 de Junio	Dr. Fernando Walls Armijo	Instituto de Química
24 de Junio	Dr. Alfonso Mondragón Ballesteros	Instituto de Física
25 de Junio	Dr. Alfonso Romo de Vivar Romo	Instituto de Química
26 de Junio	Dr. Eucario López Ochoterena	Instituto de Ciencias del Mar y Limnología
1 de Julio	Dr. Barbarín Arreguín Lozano	Instituto de Química
3 de Julio	Dra. Gloria Alencáster Ybarra	Instituto de Geología
8 de Julio	Dr. Luis Estrada Martínez	Centro de Ciencias Aplicadas y Desarrollo Tecnológico
9 de Julio	Dr. Fernando Enrique Prieto Calderón	Instituto de Física
15 de Julio	Dr. Armando Gómez Puyou	Instituto de Fisiología Celular
16 de Julio	Dr. Ismael Herrera Revilla	Instituto de Geofísica
17 de Julio	Dr. Jaime Mora Celis	Centro de Investigación sobre Fijación del Nitrógeno
13 de Agosto	Dr. Luis de la Peña Auerbach	Instituto de Física
14 de Agosto	Dr. Agustín Ayala Castañares	Instituto de Ciencias del Mar y Limnología
19 de Agosto	Dr. Jorge Rickards Campbell	Instituto de Física
20 de Agosto	Dra. Guillermina Yankelevich Nedvedovich	Instituto de Investigaciones Biomédicas

Lugar: Sala del Consejo Técnico de la Investigación Científica, 18:00 horas.

Son también «Forjadores de la Ciencia en la UNAM» el Ing. Marcos Mazari Méner, del Instituto de Física, y el Dr. Tirso Ríos Castillo, del Instituto de Química.

página 30

blanca

«Forjadores de la ciencia en la UNAM: María Teresa Gutiérrez Vázquez»

se terminó de imprimir en junio de 2003

en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.,

Matamoros 112, Col. Raúl Romero, C.P. 57630,

Cd. Nezahualcóyotl, Estado de México.

Se tiraron 300 ejemplares más sobrantes para reposición.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de

Augusto A. García Rubio Granados,

Secretario Técnico de Publicaciones y Ediciones.

página 32

blanca